

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA

aprobación eclesiástica.

y bajo la dirección

DE

E. Lozano de Vilchez.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES.

EL MAS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses adelantados, para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de letras del Giro Mútuo, ó tarjetas de las establecidas para pagos de periódicos, y que se espended de hoy en adelante en los mismos puntos que los sellos de franqueo, prefiendo siempre las del Giro mútuo, en el punto donde las haya.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

23 de Mayo de 1878.

DIRECTORA, D.^a ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Número 3.^o

SUMARIO.

Eva, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**La muerte de un Angel**, por D. J. Ortega Gutierrez.—**El lujo y la vanidad**, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**A el Dulce Nombre de Maria**, por Doña Carmen Ruiz de Navarro.—**Sección doctrinal**, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

EVA.

(Continuación.)

Pero en aquella sonrisa no habia parte alguna de vanidad culpable; solo la hacia jugar entre sus labios, un placer sencillo é inocente y una profunda y entusiasta gratitud.

Y sin embargo, aquella dulce calma iba á turbarse, aquella felicidad estaba próxima á extinguirse,

Un ángel hermoso y lleno de luz y de grandeza, habia sentido agitarse su espíritu, puro hasta entonces, con un movimiento de orgullo terrible, y de su soberbia á su rebelion medió un solo paso, abriendo con él un eterno abismo entre el Hacedor, dueño de mundos y de orbes, y Luzbel que se volvía contra su Señor y su Soberano.

Y aquel ángel rebelde que osó creerse igual á Dios, fué arrojado de los cielos y sumido en las tinieblas eternas, en castigo de una culpa de que su soberbia le impedia arrepentirse. Entonces tuvo envidia de que la criatura humana fuese mas pura y perfecta que Él, espíritu de luz solo, y resolvió mancharla con su aliento, y separar, por el inmenso mar de la culpa, al Creador y a la criatura.

La firmeza del noble carácter del hombre le hacia imbulnurable contra sus terribles suges-

tiones, pero la debilidad de la sencilla Eva, le abrió el camino para emprender su seducción.

Falaz, artero, y cauteloso como la serpiente, cuya forma tenia, y que se arrastra en silencio hasta llegar junto á su presa, el enemigo de Dios y del hombre se acercó á la primera mujer, llevando la adulacion por armas, y la mentira por divisa.

Con el emponzoñado soplo de su aliento rozó la cándida frente de Eva, haciendo jermínar en ella un pensamiento culpable.

Fijó en sus ojos una ardiente mirada, y el corazón de Eva se estremeció con el anhelo de penetrar los misterios que le era vedado conocer.

Aquel anhelo despertó en su mente la idea de la desobediencia, y la palabra seductora y fatal que murmuró en su oído el reptil ponzoñoso animándola á la rebelion, venció su timidez y la hizo mirar como fácil, lo que antes mirara como imposible.

En su alma lucharon por vez primera dos sentimientos encontrados.

El uno alentado por la voz del deber, de la obediencia, de la sumision y del temor de Dios; el otro sostenido por la fuerza de las pasiones, que empezaban desencadenadas á librar su primera batalla contra la debil humanidad.

Los ángeles fieles, contemplaban estremecidos aquel combate silencioso, y sus celestiales pupilas se empañaron con la primera gota de llanto que hacia brotar en ellas el pecado primero tambien.

¡Ay! que á la par sonreían los ángeles rebeldes celebrando su triunfo en el corazón de la mujer.

¡La mano de Eva se habia posado en las ramas del árbol de la ciencia, y sus labios habian gustado su prohibido fruto!

La guerra entre la tierra y el cielo quedaba declarada en aquel instante; el hombre, juguete del infierno, acababa de tornarse enemigo de su Dios!

La pendiente del mal es rápida y resbaladiza, y una vez asentado el pié en ella, la caída es segura y mortal.

Eva no solo cayó, si no que arrastró consigo al compañero de su existencia.

Adán volvía alegre y confiado al lado de su dulce esposa.

Había pasado algunos momentos lejos de ella, y aquella cortísima privación de su vista, parecia como que avivaba su amor y su anhelo de estar á su lado.

Eva le recibió sonriendo, pero en aquella sonrisa seductora siempre, habia sin embargo

menos candor, menos dulzura que otras veces.

—Los instantes que no te veo tienen para mí una duracion inconcebible: toda la hermosura de este paraíso pierde á mis ojos su mayor encanto cuando no la alumbraba la luz de tu mirada y no la anima el sonido de tu amante voz,—dijo Adán acercándose á su esposa y depositando á sus piés las flores y las frutas que habia buscado para ella.

—Tambien yó, cuando no te hallas á mi lado tiemblo como la oja que estremece el viento; me parezco á la flor á quien falta su rama,—murmuró á su vez Eva con suave acento.

—Y sin embargo, si me alejé algunos momentos, fué solo por buscar para tí los racimos mas dulces y las azucenas mas olorosas.

—Segun eso, ¿todo tu afán se cifra en complacerme?

—¿Y puedes dudarle? amarte á tí y bendecir á nuestro Creador, son las ocupaciones perennes de mi alma.

Eva se quedó un momento pensativa.

En sus hermosos ojos brillaba un deseo que no se atrevia á formular.

A pesar del amor que estaba segura de inspirar á su esposo, temia que este supiera su desobediencia al mandato de Dios.

Una inquietud secreta conmovia su alma, y empezaba á dudar si habria obrado mal en oír los consejos de la serpiente tentadora.

Si al menos Adán hubiera tomado parte en aquella accion, comiendo tambien la fruta vedada, seria menor su responsabilidad ante el Señor, ó á lo menos serian dos para sufrir el castigo.

Todas estas ideas se agitaban en la mente de Eva, y la impulsaban con una fuerza misteriosa á hacer á su esposo partícipe de su culpa.

Resuelta á llevar á cabo su intento, atrajo á sus ojos su mirada mas bella, puso en sus labios la sonrisa mas seductora, y cojiendo una mano de Adán, le arrastró consigo al pié del árbol de la ciencia que estendia sus frondosas ramas en el centro del paraíso.

—Yo tambien—le dijo,—yo tambien á mi vez quiero pagarte tus presentes; toma y come sin temor de esta hermosa fruta, su sabor es dulce, y su perfume es agradable.

Y al decir esto, presentaba á Adán una dorada manzana cojida por ella del árbol de la vida.

—¿Qué has hecho?—preguntó Adán con espanto,—¿no recuerdas que el Señor nos mandó no tocar á esas ramas, por que entre sus ojas está la muerte?

—Ya ves que yo vivo,—esclamó Eva por toda contestacion.

—El Señor nos mandó no comerla,—murmuró Adán sin atreverse á tocar la fruta.

—Le llamó el árbol de la ciencia; y aunque le puso al alcance de nuestra mano, nos prohibió tocarle, acaso por que haciéndolo penetraríamos los arcanos del presente y del futuro, y seríamos tanto como Él.

—Ó para probar nuestra obediencia.

—Si no está junto á nosotros, bien podemos quebrantar su mandato puesto que no lo ha de ver.

—Él está en todas partes.

—Si así fuera, no se haría invisible á nuestros ojos.

La esposa insistió de nuevo:

Algunas frases mas salieron de su boca, y Adán vencido por sus ruegos y por su ejemplo, llevó á los labios el vedado manjar.

¡Ay, el infierno se ajitó de gozo!

La perdición de la raza humana acababa de consumarse.

Las lágrimas, y los dolores, y la ingratitud y los tormentos eran ya el solo patrimonio del hombre.

La casta flor de la inocencia que brillaba en la frente de aquellos dos seres formados á la imagen de Dios, se marchitó y perdió sus galas, quedando ajada para siempre.

La luz divina que reflejaba en su mirada, pura un momento antes y limpia de toda culpa, se estinguió en ella, y al dirigirse incierta al porvenir, solo vió sombras y pavor en torno.

Roto el velo de su pureza, manchada por el primer pecado su alma, trocada su esencia divina por la miseria humana; su destino en adelante seria recordar el bien que habian gozado, suspirar por el cielo que habian perdido, y reconocer su nada, anonadándose de continuo en ella.

Los males de la vida, impotentes hasta entonces para llegar hasta ellos, acudieron en tropel á su lado, y tomaron posesion de su existencia como sus compañeros inseparables.

Como consecuencia de la pérdida de su inocencia, se apercibieron de su desnudez, y no sabiendo donde ocultarse tuvieron vergüenza de sí mismos.

Su confusion se redobló cuando oyeron la voz del Señor que les llamaba á su presencia, pronunciando el nombre de Adán.

Turbado, indeciso, sin poder desoir aquel acento y sin resolverse á presentarse descubierto ante su Dios, Adán se dirigió al árbol mas cercano, cuyas ojas escedian en tamaño á las de los demas, y cojiendo rápidamente algunas de ellas, las colocó sobre su cuerpo intentando cubrirse de este modo.

El Señor, grave, severo, omnipotente, le esperaba inmóvil, bañado por los rayos de oro del brillante sol, que daban doble majestad y nuevo esplendor á su presencia.

—¿Por qué has tardado en acudir á mi voz? —esclamó fijando en el turbado Adán la irresistible mirada de sus divinos ojos.

—Señor,—balbuceó confuso el primer pecador,—estaba desnudo y no me atrevia á presentarme ante Ti.

—Y ¿quién te ha enseñado á conocer tu desnudez, si no has probado el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal?

—Señor,—contestó Adán que era ya débil en medio de su fortaleza, queriendo arrojar el peso de su culpa sobre la infeliz Eva y obedeciendo de este modo al primer sentimiento de egoismo que se agitaba en su corazon.—Señor, la compañera que me has dado me obligó á desobedecerle; ella solo es la causa de mi pecado.

—¿Por qué lo hiciste?—preguntó el Señor á aquella débil mujer, que pálida y temblando sentia correr por sus mejillas las primeras gotas de doliente llanto.

—¡Oh!—respondió ella mas sincera y mas humilde que el hombre, y sin tratar de amenguar con su disculpa la falta cometida.—¡Oh Señor! yo he comido de la fruta que nos prohibiste tocar! he sido seducida y vencida por la serpiente, y he quebrantado tu mandato, olvidando tu precepto.

El Señor, airado maldijo á la serpiente, maldijo la tierra, y dirigiéndose á los culpables, los arrojó de aquel jardin de delicias del que hasta entonces habian sido señores.

—Vé,—le dijo á Adán,—vé á cruzar ese mundo que será desde hoy para vosotros un valle de lágrimas, llevando impreso en la frente la marca de tu delito. En guerra con los elementos, en guerra con los demas seres que antes te miraban como soberano; en guerra contra tí mismo, tu vida será un afan incesante y un tormento continuado. El sol abrasará tus miembros, el viento azotará tu rostro, y la tierra solo te dará sus frutos cuando se vea regada por el sudor de tu frente.

Adán estremecido ocultó el rostro entre las manos, y exaló un gemido que le aterró á él mismo, pues era el primer grito de dolor que resonaba en sus oidos.

El Señor fijó entonces en Eva su augusta mirada y prosiguió con solemne voz:

—Y tú, mujer, que estabas destinada á ser la alegría del hombre, tus hijos serán hijos del pecado; los que por una ley de amor debían nacer libres, nacerán por tu causa esclavos de

puesto que ellos mismos me exigen que presente mis cuentas hoy.

—¡Ellos mismos!

—Si; ¡vuestro loco empeño ha dado sus frutos; ahora me lo explico bien, ahora lo comprendo perfectamente! ¡Oh! ¡tienen razon! es preciso remediar este error ¡Vamos, valor! ¡dentro de algunas horas probaré que aun soy hombre honrado!

Andrés se dirigió á la caja de hierro: sacó todos los valores que encerraba y se puso á contarlos con gran agitacion.

Despues tomó el libro de caja y le examinó por centésima vez.

Las sumas eran las mismas que le habian preocupado tanto.

—¡Esta falta,—murmuró,—esta terrible falta! ¡Oh, es preciso remediarla, es preciso cubrir este déficit!

Margarita abatida ocultaba el rostro entre las manos y lloraba con angustia. Carmela pálida y con las flores de su tocado marchitas y ajadas, tambien vertia amargas lágrimas, no sabemos ¡ay! si de remordimiento por el pasado ó de espanto por el porvenir.

—¡Vamos,—dijo su padre,—vamos, vengan esas joyas, vuestros collares, vuestros pendientes, todo!

Y con mano convulsa y nerviosa fué tomando aquellos objetos que las dos mujeres se arrancaban con rapidéz, dominadas por la situacion.

—¿Cuánto pueden valer estas alhajas?—preguntó con voz breve Andrés, dirigiéndose á Margarita.

Esta no se atrevió á responder: el temor se-llaba sus labios.

—Responde,—gritó Andrés con enerjia;—¿cuánto pueden valer estas alhajas?

—No sé..... no me acuerdo..... en este momento.....

—¡Está bien,—dijo el anciano colocando los diamantes entre los valores de la caja—está, bien: sea lo que quiera ya falta menos: adelante! ahora.....

—¿Qué?

—Vengan las llaves de vuestras cómodas, de vuestros armarios, pero pronto, pronto! se pasa el tiempo y á las diez debe venir aquí el señor de Maurell.

Carmela quiso replicar, pero su padre la dirigió una mirada terrible, y la jóven solo tuvo accion para entregarle algunas llaves que sacó del bolsillo de su traje.

—Esperadme aquí,—dijo Andrés con un acento que no daba lugar á la contradiccion,—esperadme aquí, sin salir hasta que yo vuelva.—Y

desapareció dejando á Margarita y á su hija sin poder darse cuenta de sus acciones.

Su ausencia fué breve.

Andrés volvió á entrar á poco cargado de estuches, de cajas, de trajes, de todo cuanto de algun valor habia podido encontrar.

Lo arrojó sobre la mesa, y con una agitacion deshusada y febril fué enumerándolo y valuándolo todo.

Y sin embargo de aquella especie de almone-da solitaria y estraña, aun quedaba por cubrir una parte del desfalco.

Andrés sombrío, pero mas sereno en la apariencia,

—¡Id,—dijo,—vestios con vuestros trajes mas humildes y esperadme en el cuarto de Carmela.

—¡Oh! Andrés,—esclamó Margarita,—piensa lo que vas á hacer, y ten piedad de tí mismo y de nosotras tambien.

—¡Piedad, piedad! ¡la habeis tenido de un pobre anciano que agobiado por los años y el trabajo, solo se afanaba pensando en vuestro bien? ¡Oh, es preciso cumplir con el deber, es preciso dejaros al menos un nombre puro, es preciso que mañana cuando yo muera no os señalen con el dedo y digan al veros pasar, ahí van la viuda y la huérfana de un ladron. No, no, jamas! ¡honrado soy y honrado quiero morir!

—¿Y quién podrá ponerlo en duda? ¡Oh! tú puedes decir.....

—¡Cal a Margarita! ¿cómo hé de decir la verdad sin que la execracion pública caiga sobre vuestra frente? ¿cómo hé de decir que mi hija y mi esposa se introducian en el silencio de la noche, con llaves falsas, con torpe cautela para robarme no..... para robar á nuestros señores?

—¡Ah!—gritó Margarita cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Calla, calla,—continuó Andrés,—la verdad debe quedar oculta entre los tres! Ahora salid, salid de aquí pronto.

Y con un ademan imperioso les señaló la puerta á la que ellas se encaminaran trasponiendo su dintel.

El anciano quedó solo.

Ninguna vacilacion se notaba en su rostro grave y sereno aunque profundamente sombrío.

Buen catalan, tenia la rectitud por norte y la firmeza por carácter.

Su corazon era de oro, pero su voluntad era de hierro.

Cuando dieron las diez, el señor de Maurell seguido de dos ó tres de sus consocios se presentó en el despacho de su administrador.

El aspecto que presentaba aquella habitacion era bien estraño por cierto.

Entre los libros de caja se veían hermosas joyas y ricos trajes de mujer.

—¿Qué es esto Andrés?—preguntó el señor de Maurell con asombro.

El anciano hizo un ademán respetuoso y exclamó:

—Señor, tenga V. la bondad de enterarse de estas cuentas, que despues responderé.

El propietario de la fábrica ocupó el sillón colocado ante la mesa, los demás se sentaron también: solo Andrés permaneció de pie.

Despues de algunos instantes pasados en confrontar cifras y guarismos, el señor de Maurell murmuró:

—Aquí existe un déficit.....

—Que estoy pronto á cubrir con cuanto poseo y como esto no basta, con mi trabajo á la par.

—Pero, ¿qué quiere decir?.....—preguntó uno de los socios fijando en Andrés una mirada insolente.

—Esto quiere decir, señor, que he sido un hombre débil, un mal calculista: que creí que mi trabajo me producía mas..... que mis gastos eran menos....y que en mi amor de padre he querido que mi hija brillara..... que se sobrepusiera á su clase..... ¿qué padre no ambiciona cubrir de perlas el seno de su hija, satisfacer sus ensueños, verla sonreír..... sorprender en sus ojos una mirada de alegría!..... ¡Oh, amaba yo tanto á mi hija, que este amor me ha perdido, bien lo sé!

Andrés muy conmovido se llevó la mano á los ojos, y enjugó una lágrima rebelde que á su pesar habia brotado en ellos.

Despues, y como avergonzado de aquel momento de debilidad, prosiguió haciendo un esfuerzo y con voz pausada y grave.

—Ahora, he conocido mi error y estoy pronto á remediarlo. ¡Hé aquí cuanto poseo! Nada conservo, lo entrego aquí.....

—¿Y nosotros para qué queremos todo eso?—murmuró uno de aquellos hombres, consocio de Maurell y que no tenia hijas, ni habia estudiado mas catecismo que el libro de caja.

Maurell le dirigió una mirada tan severa que cortó la palabra en sus labios, y ya iba él á tomarla, pero Andrés no le dió tiempo, exclamando con alterada voz:

—¡Oh! para nada, bien lo sé, pero es cuanto poseo: sin embargo..... yo ruego á ustedes que lo admitan, que se avaloren..... y que..... que al menos sirva para.....

Andrés se detuvo, la agitacion no le permitia hablar.

—En fin:—murmuró,—¡yo hubiera dado mi vida por que nada de esto se hiciese público:

¡me encuentro fuerte ante la pérdida de la posición, del bien estar..... pero ante la pérdida de la honra me hallo muy débil! sin embargo estoy pronto á cumplir hasta lo último mi deber, y solo pido algunas horas de plazo!

—¿Qué vá V. á hacer?—preguntó Maurell dudando de las intenciones del anciano.

—¡Oh! es muy sencillo—respondió este:—bajaré al gran patio de la fábrica todos estos objetos y haré una subasta pública entre los dependientes de la casa y aun entre las gentes de estos contornos; venderé así cuanto poseo, depositando en esa caja su producto, y despues... despues quizá entre los trabajadores, mis antiguos compañeros, haya algunos que quieran hacerme un empréstito confiando aun en mi palabra, y de ese modo.....

—¡Basta! no es necesario:—esclamó Maurell,—yo compro esas alhajas y esas ropas, dando por ellas la suma completa que falta en caja.

—En horabuena; V. es dueño de hacer lo que guste de su dinero,—dijo con tono frio el que habia hablado anteriormente—para nosotros es igual, aunque por mi parte lo juzgo una locura, puesto que ese hombre no podrá pagar á V. nunca, por que yo supongo que desde ahora cesará en.....

—¡Si señor!—se apresuró á decir Andrés;—desde ahora ceso en mi puesto, yo mismo lo habia resuelto ya.

—Andrés,—dijo Maurell, levantándose: treinta años de trabajo y fidelidad no se borran en un dia; cuente V. con mi proteccion; es cierto que he tenido un momento de duda, lo confieso con pena; pero al ver su conducta, le devuelvo mi confianza y mi aprecio, y.....

—¡Gracias!—esclamó el anciano administrador dejando esta vez correr algunas gotas de llanto por sus mejillas sin tratar de ocultarlas, por que el llanto de la gratitud enaltece tanto al que lo derrama, como aquel que lo arranca del alma. ¡Gracias! pero V. no es solo; ya hemos visto que no todos son de su opinion!

Maurell bajó la cabeza al ver la actitud hostil de sus demas compañeros.

¡Andrés tenia razon, él por sí solo nada podia hacer! dirigió sin embargo una mirada suplicante á sus consocios, pero estos manifestaban en sus rostros lo poco dispuestos que estaban en favor del anciano.

—Sin embargo, aun puede V. hacer algo por mí,—murmuró Andrés, comprendiéndolo todo es actamente.

—¡Hable V. !—dijo Maurell,—hable V. pronto.

—¡Yo soy ya viejo, he pasado mi vida á la

sombra de los muros de esta casa: á su sombra crecí cuando niño, soné cuando joven, y he dormido cuando anciano!..... ¡Oh! ¡yo no podría vivir lejos de ella! ¿Qué haría en otra parte? ¡La he mirado siempre con tal cariño! Además, una vez que saliese de aquí, en ninguna otra parte querrian admitirme, por que indagarían el motivo de mi marcha y.....

Andrés no podía continuar; el pesar le ahogaba.

(Concluirá.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

A EL DULCE NOMBRE DE MARÍA.

Maria bello lucero,
flor de suavísimo aroma,
hermosísima paloma,
clara antorcha celestial:

Cubre mi lira de flores
y dá á mi acento dulzura,
para cantar la hermosura
de tu nombre virginal.

Tu nombre es fuente del cielo
cuyos divinos caudales,
consuelos dá celestiales
al que gime en el dolor.

Es estrella misteriosa,
iris de paz y bonanza,
única y dulce esperanza
del misero pecador.

Tu nombre llena el espacio
y los vientos encadena,
la furia del mar enfrena,
y aplaca la tempestad.

Presta á la brisas dulzura,
á las ayes suave acento,
puro azul al firmamento
y á los astros claridad.

Á tu nombre el orbe todo
humillado se arrodilla,
la luna argentada brilla
con mas puro resplandor.

Y cantando en tu alabanza
de serafines el coro,
pulsan sus arpas de oro

junto al trono del Señor.

Tu nombre divino invoca
el huérfano abandonado;
la madre que al hijo amado
vé cercano á perecer.

Y el marinero luchando
con la tempestad bravia
pide á la Virgen María
que le venga á socorrer.

Tu nombre es fúlgida aurora
que el trono excelso ilumina,
gérmen y esencia divina
de el candor y la virtud.

Es clara estrella que alumbra
el sendero de la vida,
es el centro do se anida
la alegría y la salud.

María, tu dulce nombre
claro sol de mi existencia,
guarde siempre la inocencia
y la fe en mi corazon.

Él me preserve del vicio,
y en el mundo borrascoso,
él me conduzca amoroso
á puerto de salvacion.

Carmen Ruiz de Navarro.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Además de todo lo que llevo dicho, la pobreza, Lorenzo, es buena, puesto que Dios la amó, y quiso que fuera su habitual estado. Ya sabe V. que nació en un establo, desnudo, falto de todo..... hasta de un lecho donde descansar..... hasta de un miserable abrigo con que cubrirse. A su madre tambien, a la Santísima Virgen, en quien derramó todos los dones y todas las perfecciones al concebirla limpia de pecado, no la hizo nacer del seno de una reina como estaba en su mano efectuarlo, si no del de una anciana modesta y pobre, pero rica de bondad y rica en virtud: no concedió tampoco á la Virgen María títulos, ni honores, ni oro, aunque podia haber puesto á sus piés todos los tesoros de la tierra; y aunque la amaba como á su hechura mas perfecta la quiso ver siempre humilde y sin bienes.

—Con que, la Santísima Virgen, la Emperatriz de los cielos fué pobre, abuelita?—preguntó Julieta con sencilla admiracion.

—¡Si, hija mia;—respondió dulcemente la Condesa, y tanto, que al espirar Jesus en la Cruz, y cuando quedaba sola en el mundo, tuvo que aceptar la casa y el amparo de San Juan, que era solo un infeliz pescador, por que Ella nada poseia, no tenia nada en este mundo!

—¿E veras?

—Si, angel mio; y hasta tal punto, que en la hora de su muerte..... digo mal, de su glorioso transito; cuando cerró los ojos en la tierra para abrirlos en el cielo, solo dos humildes vestidos pudo dejar como herencia ó recuerdo, á las piadosas mujeres que tuvieron la dicha de estar junto á ella. Pero ¿qué es eso Anita, qué es eso Julieta mia? ¿por que vuestros labios tiemblan bajo el peso de un suspiro, y vuestros ojos se arrasan en lágrimas?

—¡Ay! abuelita, yo lloro por lo que acabas de decir. ¡Oh! ¡quién hubiera sido grande entonces para haber traído a nuestra casa á la Virgen, y haberla dado todos mis vestidos, y todas mis galas, y.....

—Bien, hija mia, bien. Me agrada el oírte hablar así, —murmuró conmovida la anciana besando la frente de la hermosa niña—pero bien mirado, aun puedes cumplir en parte tu buen deseo.

—¿Y cómo?

—¡Los pobres son la imagen de Dios en la tierra. Cuando veas una anciana desvalida, piensa en que la Virgen lo estuvo tambien, y socórrela entonces por amor suyo!

—¡Oh, qué feliz será la señorita Julieta,—murmuró la pequeña Ana,—que feliz será al poder obrar de ese modo; yo ¡ay de mí! aunque lo desee mucho nada tengo que dar!

—Te engañas, hija mia,—se apresuró á decir la Condesa.—tú puedes hacer mas que ella.

—¡Yo!—esclamó la niña con asombro.

—Si.

—No lo entiendo.

—Voy á decírtelo: tú no posees los bienes de la fortuna, pero posees los del alma, que valen mas: ademas Dios nos ha dado á todos riquezas inapreciables, que bien empleadas son de un inmenso valor y esas las tienes ahora.

—¡Riquezas! ¿y cuales?

—La salud, la vista, la fuerza, la palabra y la voluntad.

—Pero.....

—Dejame acabar: ¿crees que si tú, por ejemplo, fueras alguna vez á la casa del viejo Lorenzo que es ciego, que no puede valerse, que está solo; crees repito que si hicieras con el lo que haces con tu padre, esto es, coser un dia sus pobres vestidos, labar otro alguna de sus ropas, prestarle en fin algun servicio, no iria el ángel de tu guarda escribiendo en un libro de oro estas sencillas acciones, y no las grabaria en el alma de Lorenzo el buril de la gratitud? ¡Oh, hija mia! el movimiento de sacar una moneda de nuestro bolsillo, cuando Dios nos ha dado alguna fortuna, es bien sencillo y bien facil; pero el ayudar con nuestro trabajo al pobre, consolarle con nuestro cariño, sostenerle con nuestro brazo, eso, Anita mia, es mas digno de elogio y vale mucho mas!

En los ojos de la preciosa hija del jardinero brilló un rayo de pura alegría, y su mirada angelical y suave fue á posarse sobre el viejo mendigo con una expresion tan amorosa, tan humilde, que pareció querer enviarle alhagos, servicios, consuelos; ¡todo en fin! ¡ay! aquella mirada encerraba muchas promesas para el porvenir.

—Ya veis, amigos míos,—añadió la Condesa, despues de un momento de pausa,—ya veis por lo que acabo de

decir á esta niña, que hasta la caridad es en los pobres mas hermosa.

—Tiene V. razon señora,—murmuró Petra el ama de llaves.—tiene V. razon; ¡y nosotros que no habíamos pensado en nada de esto!

—Pues es lo mas facil de saber; solo con reflexionar un instante se comprende, pero volviendo á la pobreza, os diré para concluir, que los ricos no son dueños absolutos de lo que poseen, son unos administradores de los bienes que disfrutan, y la prueba es, que Dios que se los dá puede quitárselos en un dia. Esos administradores tienen que dar cuenta estrecha del modo con que los han invertido, y ¡ay de aquellos que los hayan empleado mal! ¡El poderoso como el necesitado terminan su mision al borde de una tumba: allí todo acaba, todo concluye: un puñado de tierra los nivela á ambos! ¡Por eso Jesucristo, el mas sabio de los legisladores, el mas grande de todos los sabios, nos enseñó a pedir en la oracion dominical. «El pan nuestro de cada dia.» Eso pide el potentado, eso pide el mendigo: y mirad, hijos míos, mirad como los mas encumbrados señores no dicen «la ostentacion, los elevados puestos, la comodidad nuestra, dánosla hoy!» ¿sabeis por qué? por que solo lo necesario, solo lo preciso nos pertenece y podemos llamarlo nuestro: esas palabras nos recuerdan tambien que las verdaderas necesidades del cuerpo son muy pocas, y que Dios no nos enseñó á pedirle que nos conceda las cosas superfluas, sino solo aquello de que no podemos carecer; tambien quiso que ricos y pobres dijieran al par *de cada dia*, para acostumbrarnos á confesar de este modo la poca confianza que nos ofrece la vida, en la cual no tenemos seguro el mañana. ¡Oh, por qué razon tan sublime, por que ciencia tan soberana están dictadas estas palabras; con ellas tambien, amigos míos, reconocemos nuestra impotencia y que nada somos ante Dios, á quien tenemos que pedir hasta lo mas pequeño ¡Y sin embargo hay algunos que se desdennan de confesar esta sencilla verdad: hay algunos cuyos labios no murmuran diariamente esta frase, *el pan nuestro de cada dia dánosle hoy!* ¡Hay algunos que llamándose ilustrados, apellidándose despreocupados, proclaman que la agricultura, el comercio, la industria, son los que nos dan ese alimento diario que estamos obligados á pedir los cristianos de continuo! ¡Insensatos! ¡toda su sabiduria, toda su civilizacion, toda su ciencia no ha aprendido todavía á arrancar á las nubes una sola gota de la lluvia que la tierra necesita para que su seno sea fecundo! ¡Dios, creador infinito, fuente misteriosa de toda vida, ha humillado la mezquina sabiduria del hombre con la mas sencilla de sus obras, y el mas presuntuoso, el mas osado, el mismo que se atreve á negar la inmensidad de su poder, no sabria por si solo formar un grano de trigo para proporcionarse el pan de cada dia!

La Marquesa hizo una pausa quedando callada por algunos momentos.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de la Fé, Mendez Nuñez 26.